

UN CUENTO BONITO SIN TÍTULO de @incendios.caseros

Pasé el otoño entero encerrado en el ático. Y aunque suene muy bohemio y atractivo eso de pegarse días y días rodeado de cajas y edredones agujereados, con olor a pintura y polvo siempre en la nariz, he de admitir que me aburrí bastante.

Las primeras semanas las sobrellevé algo mejor, cada mañana hacía una ruta diferente escalando los muebles e investigando todos los rincones. En un cajoncito encontré varias madejas de hilo de distintos colores y los usé para establecer caminos con distintos grados de dificultad; así teníamos por un lado la senda azul que era perfecta para las incursiones nocturnas hacia el ventanuco circular, por otro lado la senda rosa que daba la vuelta a las camas y se adentraba en varias cajas volcadas o la senda verde que se centraba en explorar los pequeños resquicios de vida orgánica que se colaban entre la madera, como unas pequeñas plantitas con forma de corazón a las que llamé manuelas en un arrebató de nostalgia.

Pero al final todas estas caminatas se acabaron volviendo rutinarias y pesadas. Me preguntaba por qué tuve que desobedecer a mamá y acercarme tanto a la puerta, pero es que claro, aquel era el último lugar de la casa que me faltaba por explorar. Incluso había conseguido bajar en una ocasión a la bodega desde la puertecilla de la despensa y después regresar a través de una cañería rota, pero aquí en el ático por alguna extraña razón me era imposible escapar. Nada más quedarme encerrado probé a deslizarme entre las bisagras, e incluso a formar mentalmente el dibujo del empapelado de la habitación de invitados vacía del ala oeste, pero no hubo manera. Estaba completamente encerrado.

Así que empecé a ponerme triste, y solía recordar los juegos en el jardín con mis hermanos, detrás de las estatuas, imitando sus rostros exagerados, o dando volteretas y escondiéndonos de los niños. También pensé en la comida, y aunque lógicamente no pasaba hambre, echaba mucho de menos saborear unas ricas verduras o quizás unas galletas de avena con pasas.

Nunca me había llamado mucho la atención la lectura, aunque a veces si alguien estaba leyendo un libro y yo pasaba por allí cotilleaba un poco por encima del hombro y

son sacaba frases sueltas y nombres. Pues bueno, en el ático no me quedó otra que aficionarme a la lectura una vez que el resto de actividades fueron agotándose. Encontré una colección de libros de Julio Verne y otros clásicos por el estilo, también algo de Edgar Allan Poe, pero no me apeteció leerlo porque salía una calavera en la portada y el ático ya era bastante siniestro por sí sólo como para pasarlo peor a propósito. Así que estuve leyendo a Julio Verne durante unas cuantas semanas y con el tiempo yo también me puse a escribir.

Cogí unos folios rugosos y varios tinteros y empecé a contar historias sobre dinosaurios parlantes que vivían en una ciudad y tenían distintos oficios, uno era cartero, otro era el alcalde, otro era jardinero, peluquero y así. Eran todos amigos y solían juntarse a jugar al parchís y a hablar de películas antiguas. Mi idea era que al terminar el libro cayera un meteorito y murieran todos, pero según escribía más y más páginas les fui cogiendo tanto cariño que se me encogía el corazón al pensar en que tuviera que decirles adiós en algún momento. Así que lo del meteorito fue quedando descartado indefinidamente.

Una tarde, mientras escribía cómo un dinosaurio había pisoteado sin querer todo el jardín de su vecino con una sola pata, escuché un sonido que me llamó la atención. Era alguien hablando, y sonaba asquerosamente arrogante. Hacía tiempo que no establecía contacto con nada vivo más allá de mis queridas manueles, así que prácticamente había olvidado lo desagradables que pueden llegar a ser las criaturas que hablan y respiran.

- Bah, bah, esta gente iletrada e inculta. Yo no soy impresionista. ¿Cómo puede pasarse por vuestras huecas mentes semejante idea?

- Si es que no se te puede decir nada, que todo te lo tomas mal.

- Bah, bah, ¿yo? ¿tomarme a mal? Si vuestras opiniones me resbalan por todo el traje y se van por el sumidero. No me preocupan lo más mínimo.

- Claro, desde luego que no... Y además es que eres impresionista de los pies a la cabeza.

- Oh, de nuevo esa flagrante mentira, esa patada al arte, a la esencia humana. ¿Cómo es posible? A este paso voy a tener que aleccionaros.

Llevaba ya un rato que me estaba empezando a doler la cabeza, así que me dirigí hacia el lugar de donde provenían las voces bastante enfadado. Detrás de un mueble y un paragüero de metal había un rectángulo cubierto por una sábana. Empujé el mueble y retiré

la sábana, y me encontré con un cuadro bastante grande. En él varias personas se estaban pegando y tirando de los pelos. Ay, ay, auu, los quejidos sobresalían de la imagen.

- ¡Podéis hacer el favor de parar ya!
- Oh, oh, pero ¿qué es ese sonido?

Una de las personas se apartó del meollo abultado dando traspiés y me señaló.

- Mirad, mirad, ¡tenemos visita!
- ¿Cómo?

Dos chicos y una chica se giraron hacia mí con sus camisas cuarteadas y me miraron con extrañeza. El otro hombre anterior tenía barba y un traje negro sucio y roto. Estaban en una terraza con vistas a un bonito paisaje, con un bosque y el océano al fondo.

- ¡Hacía mucho tiempo que no teníamos público por aquí!

Los miré un rato, algo más tranquilo ya que mi presencia parecía haberles hecho olvidar sus diferencias. Y después les saludé y les pregunté qué tal les iba. El hombre mayor tomó la delantera.

- De maravilla, nos va de maravilla. Con este olor a flores, esta compañía grandiosa, ¿qué más puedo pedir? Estamos practicando un recital de poesías. Mira, mira. Yo digo, ¡Oh Eurídice! y ellos, estimados alumnos, responden...

- Tú eres inútil.
- De nuevo, la infamia. Qué vergüenza, padre mío.

He de admitir que habían empezado a hacerme bastante gracia.

- Mirad, chicos, tenéis la ropa toda rota, ¿no os vendría bien algo nuevo?

- Muchas gracias, apreciado público, nos complacerá enormemente recibir un obsequio de vuestra parte.

Y me puse a dar una vuelta por la habitación mirando en varios armarios. Volví con dos montones de ropa y se los acerqué a los señores del cuadro. Ellos se asomaron con curiosidad y empezaron a rebuscar en ellos, escogiendo distintas prendas. Después se fueron a cada una de las esquinas del cuadro y empezaron a cambiarse. Yo me di la vuelta por pudor.

- ¡Me siento como nuevo!

- ¡Yo también!

El hombre mayor ahora vestía unos pantalones grises, una camisa y un jersey sin mangas con un agujero a la altura del corazón. Los otros chicos vestían ropas bastante parecidas pero de colores diametralmente opuestos, una chaqueta era morada como las uvas y la otra era tan amarilla que casi te dolían los ojos al mirarla.

- ¡Eh, esa es mi chaqueta!

- Es verdad.

Se las intercambiaron y recolocaron con mimo, agitando los brazos y dándose tirones. Después volvieron a mirarse uno al otro de la cabeza a los pies.

- Esto...

- Sí, creo que prefiero la otra.

- Yo también.

Y volvieron a cambiárselas una vez más, y otra y otra, hasta que finalmente uno de ellos se quedó con las dos y el otro se quedó sin nada y con el pecho descubierto. Así, arrancó un pedazo de pantalón y se lo anudó al cuello como una pajarita, se miró y levantó el pulgar satisfecho. La chica había estado mirándolos todo ese rato haciendo gestos y sonidos similares a los de los gorilas, algo así como ues grandes e ies estridentes. Ella llevaba un casco de ciclista, una camiseta con un logo de alguna marca de cerveza o algo por el estilo y una falda enorme estampada con flores que no paraba de pisarse. Cada dos por tres se agarraba la tela y se la acercaba a la nariz, la olía y suspiraba mirando al cielo. Después volvía a hacer ruidos raros y a reírse de los demás.

- Apreciado público, no podemos más que agradecer de rodillas estos obsequios tan tan estilosos. Les daremos el mejor uso que puedan imaginar. Si tan solo pudiera verme mi querido, amado artista. Estaría tan orgulloso.

- ¿Y hace cuánto tiempo que estáis aquí, en el ático?

- Bueno, honroso público, eso es algo difícil de detallar. Podría decirse que llevo aquí desde antes de que se abriera el primer huevo de la primera gallina. O podría decirse que llevo aquí desde antes de que el primer hombre derramara su primera lágrima. En fin, como aquí siempre es de día no me hago mucha idea del paso del tiempo.

- ¿Y no habéis visto nunca la luna? ¿Ni las estrellas?

- Oh, los gigantes nocturnos, las constelaciones y las luciérnagas. En ocasiones, cuando cierro los ojos recostado en mi mecedora me parece sentir sus caricias, sus vibraciones pétreas y misteriosas. Me encantaría poder ver la noche aunque fuera una única vez.

- Sí, mira, claro, todo lo que digas -intervino uno de los muchachos rompiendo el hechizo de su maestro-. Pero es que te recuerdo que eres impresionista, y con todo a oscuras sería muy difícil distinguir tu juego de luces, ¿sabes? Es que no te das cuenta, espabilado.

En esta ocasión el hombre mayor se quedó callado y triste. No se le veía con ganas de replicar.

- ¿Por qué? ¿No podía haberle dado por otra cosa a mi amado artista? No se dio cuenta de que ese pedante de Signac le tomaba la delantera, no. Pero él tenía que seguir con lo mismo, siempre lo mismo.

Empezaron a correr débiles lágrimas por sus mejillas y marcaron surcos en la pintura. Sus alumnos se acercaron con cara de preocupación, y yo también me acerqué, dudando de si hubiera alguna manera de consolarlo.

- Si tan solo... Si tan solo hubiera sido diferente. Si hubiera sido otra cosa. Yo no quiero ser así, ¡no quiero! Pero mírame, estos colores apenas me dejan moverme, apenas siento que existo, es tan triste...

- Bueno, señor -uno de los alumnos lo interrumpió con algo de vergüenza-. A lo mejor he sido algo seco, pero no pretendía entristecerle. Todos tenemos que aprender a vivir con lo que tenemos. No queda otra.

Pero el señor mayor seguía sin parar de llorar, sentado con la cabeza entre las piernas. Su chaleco y sus pantalones estaban quedado completamente emborrionados, así que intenté sin demasiado éxito secar la superficie con un trapo.

Entonces se me ocurrió una idea.

Volví a apartarme del cuadro y vagué por el ático rebuscando entre las cajas y los muebles. Me sonaba que en un rincón detrás de unos cuadernos con fotografías... Y efectivamente, allí estaban. Tres cubos de pintura volcados y algo oxidados, sin abrir. Tomé

un trozo de cristal de un espejo y forcé las tapas, tremendamente agradecido de no contar con piel en las manos con la que cortarme. Una vez abiertos los cubos miré en su interior. Genial, pintura negra. Y en las otras, pintura rosa y pintura verde feísima. Sinceramente, a quién podía habersele ocurrido comprar una pintura tan horrible. Seguro que al abuelo cascarrabias que siempre parecía mascar chicle y tenía una ceja como suelta. Me lo imaginé pintando la taza de su váter con ese color, todo satisfecho. Pero bueno, al menos contábamos con la pintura negra.

Así que regresé al cuadro con los cubos y una brocha despeluchada y empecé a pintar. Arriba y abajo, izquierda, derecha, en espiral, salpicando gotitas negras, fui rellenando toda la superficie mientras los habitantes de la escena me miraban sin decir una palabra. Muy pronto no me quedó otra que acercar la brocha a sus cuerpos, y con mucho cuidado perfilé sus siluetas y continué hacia abajo.

- ¡Eh, ten cuidado!

Vaya, a uno de los chicos le había saltado una manchita en la chaqueta. No le di mucha importancia. Además, el hombre mayor había dejado de llorar y contemplaba cómo la neblina lo inundaba todo con curiosidad mientras la chica le agarraba los hombros. En cuanto empecé a colorear el bosque recordé el verde feo de antes, pero decidí dejarlo de lado porque era muy feo y me daba escalofríos.

Así que todo quedó oscuro y apagado, los poetas palpaban a su alrededor y se llamaban con inquietud, sus ojos abiertos y sus pupilas gigantes no alcanzaban a ver nada.

- ¿Qué es esto? ¿Qué es? No lo conozco. Tengo un poco de miedo.

Y entonces nació la primera estrella, y después otra, y otra, y por último una luna rosa y brillante. Y el hombre mayor no volvió a decir una palabra, pero allí sentado con los pantalones disueltos y mirando hacia arriba, sonrió como nunca nunca había pensado posible. Y a mí también me hizo muy feliz.

Al día siguiente en cuanto amaneció descubrí que la puerta del ático estaba abierta, y me llegaron desde los pisos inferiores los sonidos de los cubiertos y los platos, los ladridos de un perro y unas toses intermitentes. Antes de salir di un último paseo por la habitación, echando un último vistazo a las plantas y a las herramientas, a los juguetes y los libros de Julio Verne. También vi por última vez el cuadro y me soñé artista y me despedí de los jóvenes poetas y de su arrogante pero sensible instructor. Cogí todos mis papeles con sus historias de dinosaurios y crucé la puerta.